

El traje nuevo del emperador

Juan Carlos Moreno Piñero

Director de la Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste

En la inauguración del curso os dije que Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas que creen, en primer lugar, una solidaridad de hecho. Así aparece en la Declaración Schuman.

Y estos días hemos asistido aquí a un conjunto de realizaciones concretas que crean una solidaridad de hecho. En primer lugar, el curso en sí mismo, en su totalidad, formado a la vez por otras realizaciones de hecho que han sido las lecciones pronunciadas desde este mismo estrado y cada una de vuestras intervenciones; y a su vez está formado por otras muchas realizaciones de hecho, aún inconclusas, que son vuestras vidas y vuestros compromisos. Todos vosotros habéis demostrado ser unos excelentes alumnos desde el punto de vista académico, pero también es evidente que habéis asumido un serio compromiso vital e individual, que desde el momento en que os agrupáis en actos como el de este curso, torna felizmente en compromiso común y solidario.

Hemos hablado mucho de Europa, y generalmente bien, pero me veo en la obligación de hacer una llamada de atención sobre el riesgo de una posible auto-complacencia y de la necesidad de reivindicar la autocrítica. El reflexionar sobre Europa no exige necesariamente un ejercicio de narcisismo; por el contrario, considero que es necesario destacar los puntos débiles si esa reflexión nos ayuda a fortalecerlos. Europa no es un mundo ideal porque, si bien nosotros pertenecemos a ese porcentaje de europeos que disfrutan de una buena sanidad y de una buena educación, hemos de ser conscientes de que hay muchos que están lejos de esos derechos. Algunos, excesivamente lejos.



Me viene a la cabeza un viejo cuento que tiene casi doscientos años y que fue escrito por Hans Christian Andersen (1805-1875) llamado “El traje nuevo del emperador”. Muchos lo conoceréis, pero para quien no lo conozca lo resumo brevemente. Había un emperador muy preocupado por su vestuario a quien dos sastres ofrecieron confeccionarle un traje hecho con la tela más suave y delicada que pudiera imaginarse, y –sobre todo– con poderes mágicos que lo hacía invisible para los necios. Evidentemente era una estafa porque los sastres simulaban vestir al emperador cuando en realidad el emperador iba desnudo. Nadie se atrevía a decir que no veía el vestido. Todos alababan fatuamente la supuesta hermosa tela que vestía al emperador; nadie le decía que iba desnudo porque, si lo hacía, quedaba como un necio a los ojos de sus vecinos. Hasta que un niño, inocentemente, dijo: ¡pero si va desnudo! Y todo el mundo se hizo eco de esta verdad, se rindió a la evidencia y se dio cuenta de que, efectivamente, el emperador iba desnudo, pese a lo cual este aguantó altivamente hasta el final de su paseo y los ayudas de cámara siguieron sosteniendo la inexistente cola.

Pues bien: creo necesario que de vez en cuando alguien nos diga que Europa va desnuda, o solo parcialmente vestida. Porque si pensamos que va hermosamente vestida seremos tan necios como los vasallos del emperador.

Partiendo de esa toma de consciencia, hemos de pensar que Europa es un experimento y que como todo experimento estamos sometidos al binomio “ensayo-error”. Y como en todo experimento, se busca un resultado. ¿Qué busca Europa con su unión? Pues busca una vacuna, un antídoto frente a la barbarie que nos asola a todas las generaciones y que solo en el siglo XX dejó cien millones de muertos.

Os propongo dos reflexiones. Una: quizás habéis pasado por el Cementerio Alemán que está aquí al lado, y si no lo habéis hecho, hacedlo antes de ir. Veréis que allí están enterrados casi dos centenares de soldados alemanes de vuestra edad o más jóvenes, que no fueron voluntariamente a la guerra sino que fueron arrebatados de sus familias, de sus estudios, de sus trabajos... Pensad por un momento que eso os pasase ahora a vosotros... Segunda reflexión: ¿qué me diríais si mañana tuvieseis que empuñar un arma contra otro joven, de otro país, que semanas antes había compartido una beca Erasmus con vosotros? Si ambas reflexiones os han llevado a pensar que eso hoy en día es impensable será síntoma de que el experimento de la Unión Europea está sirviendo para algo.

En un mundo que por momentos parece desmoronarse, en el que el 1% de su población atesora el 95% de la riqueza, nos preguntamos quién puede alzar su voz y detener tanta barbarie. ¿Acaso los EEUU de Donald Trump? ¿O lo será la Rusia de Putin? ¿Quizás el Partido Comunista chino? ¿Es posible que lo sea la emergente India?

En EE.UU. se tolera la más injusta distribución de riqueza que imaginarse pueda y con la nueva Administración las esperanzadoras reformas sociales de Obama han caído en el olvido: sin un sistema de protección social público, millones de americanos están condenados al sufrimiento y a la muerte; otros muchos quedarán terriblemente desamparados al perder su trabajo o al envejecer. ¿Qué podemos esperar de una Administración que repudia a la Madre Tierra retirándose del Acuerdo de París contra el cambio climático?

En Rusia y en China viven nuevos ricos que acumulan fortunas inimaginables.

El PIB de India crece anualmente entre el 10,3% de 2010 y el 6,8% en 2018 –hasta alcanzar los 2.354.689 M€– pero tiene 400 millones de habitantes en pobreza extrema y 13 millones de niños mendicantes.

¿No puede ser Europa una alternativa válida? Pienso que sí, pero no sin unión.

Posar la mirada sobre el mundo de hoy implica descubrir que los Estados que tienen poder e influencia en el mundo son países grandes en población y extensión como China, India, Rusia, Brasil o EE.UU. Frente a ellos Europa sigue siendo un conglomerado de Estados miembros, inestable como lo demuestra la voluntad de fuga del Reino Unido, ninguno de los cuales tiene hoy la fuerza, el prestigio o la tecnología necesaria para ser líderes en el contexto internacional. O nos unimos o nos hundimos, corriendo el riesgo de convertirnos en ricos venidos a menos que solo podrán presumir, como don Guido, de repintar sus blasones y de hablar de tradiciones, pero no de riqueza o desarrollo. O podremos estar fatuamente orgullosos de ser el parque temático mundial al que acuden de otros lugares a recrearse ante nuestras obras de arte mientras nosotros esperamos de ellos una limosna sentados a las puertas de los museos.

La Europa por la que trabajamos, la Europa que queremos vestir para que no siga desnuda mientras decimos que va hermosamente vestida, no puede ser una Europa insensible ante quienes se hacinan a sus puertas pidiendo techo y comida. Una Europa que se quiere construir mirando de frente al *Mare Nostrum* no puede consentir que el Mediterráneo se convierta en un segundo Mar Muerto ni en un Mar de los Muertos.

La Europa que queremos vestir es una Europa en la que la sanidad y la educación sean auténticos derechos sociales y no meras prestaciones de servicios. Necesitamos una Europa arropada en el pleno empleo, que dé prioridad a la defensa de los trabajadores antes que a la defensa de los puestos de trabajo; una Europa que busque el crecimiento no a cualquier precio y aún menos a costa de las personas; una Europa que permita a los jóvenes formarse adecuadamente e imaginar el futuro con la confianza de que al concluir sus estudios hallarán un trabajo acorde con su preparación y que por él recibirán una remuneración adecuada; un trabajo que les permita vivir dignamente más que hacerles ricos; un trabajo que antes que hacerles ricos les permita hacer ricos a los demás; una vida en la que triunfen o aprendan, pero no fracasen. Europa no puede ser solo un cajero automático; las transferencias financieras son importantes pero también, y sobre todo, son necesarias las transferencias de conocimientos.

Para vestir a Europa debemos luchar sin tregua contra el terrorismo. Las víctimas del terrorismo han de ser además una referencia ética para nuestro sistema democrático en tanto que simbolizan la defensa de la libertad y del Estado de Derecho frente a la amenaza terrorista. Por eso los poderes públicos deben garantizar que las víctimas sean tratadas con respeto a sus derechos y mediante la tutela vigilante de su dignidad.

Queremos una Europa que haga de la protección del medio ambiente una seña de identidad. Una Europa consciente de su papel de equilibrio en el concierto internacional, cohesionada en la diversidad, respetuosa con la discrepancia, integradora con la discapacidad y firme en la preservación de sus valores tradicionales e impercederos: la democracia, la libertad, la igualdad y la solidaridad.

Pese a todo, soy optimista, aunque siéndolo parezca necio porque vea al emperador más vestido que desnudo. Con un futuro encarnado por personas como vosotras y vosotros, con preparación y compromiso, no se puede ser pesimista. Soy optimista –optimista preocupado– siempre que consideremos que optimismo es el convencimiento de que el esfuerzo da necesariamente sus frutos. Creo firmemente en que todos los hombres y mujeres, sea cual sea su raza, su credo, su religión, sus creencias, son igualmente dignos, pero para que eso sea así, para una “igual dignidad”, hemos de recordar cada día que el porvenir está por hacer.

A esta tarea de construir un porvenir más social y más igualitario para Europa os convoco hoy. Os convoco a seguir vistiendo al Emperador, pero si lo veis desnudo, por favor, no os calléis aunque os llamen necios. ■